

FARSA DE LA NATIVIDAD

(FRAGMENTO)

¿Eys notado
el aviso que os e dado?
que esta compañía brutal
lo bien y lo mal hablado
todo lo juzgan a mal;
el vicioso,
de lo que él es codicioso,
juzga que todos lo son,
y juzgan al virtuoso
los ladrones, por ladrón
por lo qual,
es vn consejo moral
y camino que me aplaze,
no sólo dexar el mal,
mas huyr del que lo haze;
ser prudentes,
apartar ynconcinientes,
vencer el propio apetito
y poner siempre las mientes
en el que es bien ynfinito;
por compás,
quien sabe vencerse más
se hace más ventajado,
y aquél queda más atrás
que menos es refrenado;
pues criados,
porque estais ya sosegados,
esentos de la pasión,
quiero seais ynformados
del punto de la quistión,
brevemente
escreuid en vuestra mente
que el gozo del concebir

fué gozo muy ecelente,
muy alto, muy eminente,
pero mayor el parir;
tené tino;
todo fué hecho diuino,
empero ventaja tien
el gozo que sobrevino;
porque fué bien sobre bien,
pues quered,
seguid siempre y conosced
el punto de mi verdad;
trabajad por la merced
de la mi tranquilidad;
por consuelo
de los que pueblan el suelo,
para mostrarles camino,
me embió, del alto cielo,
el consistorio diuino;
todo el oro
es nada sin mi tesoro,
toda riqueza es arena,
el ánima donde moro
hágola libre de pena,
mis cautiuos
se llaman bien hombres biuos;
los que son ajenos, muertos;
los que van a mis estribos,
compaña le son desiertos;
si quereis?
seguidme, aquí me teneis;
nunca se cierra la puerta;
pero si me aborreceis
hallareis mi faz cubierta.

Diego SÁNCHEZ de BADAJOZ

RECUERDOS

En la Plaza Mayor de Salamanca

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

CONDE DE CANILLEROS



Quise acabar mis estudios universitarios, cursados durante varios años en Madrid, sin pasar por los claustros salmantinos, de tan rancio abolengo docente. Y allí fui, con mis veinte años cumplidos.

Salamanca me ganó, con sus piedras viejas y su sabor recoleto. Muchas horas libres discurrieron, paseando en los soportales de la Plaza Mayor, centro del vivir salmantino. Durante estos paseos, vi por vez primera a don Miguel de Unamuno, al que yo admiraba, he de confesar que más por referencia que por conocer a fondo sus obras. La silueta de Unamuno era algo consustancial a la Plaza Mayor de Salamanca. Los soportales no se concebían sin ver allí su rostro, que tan certeramente captaron en caritaturas, dando la impresión de un buho.

Conocí a don Miguel. Mi condiscípulo y amigo era Juan Gabriel y Galán, hijo del poeta de iguales apellidos, tan admirado y querido en Salamanca. La fama del padre facilitaba al hijo relaciones y amistades. Junto a él, se abrían para mi todas las puertas. Por este camino llegué a Unamuno, que fué en vida del malogrado vate uno de sus primeros admiradores. Don Miguel estaba entonces en la madurez de sus cincuenta y siete años, porque esto ocurría en 1921 y él nació en Bilbao, en 1864.

Poca cosa puedo decir de mi trato breve, puramente circunstancial. Cuantas conversaciones le oí, giraron en torno a la figura de Gabriel y Galán. Unas veces se habló de las ediciones de sus obras; otras, de la calidad de las poesías; alguna, de la personal impresión que estas causaron en don Miguel al leerlas por vez primera. Recordaba que había sido él quien se adelantó en el reconocimiento de la indudable valía de *El Cristu Benditu*:

—Al leerla, me produjo una impresión honda— le oí comentar una vez—. Galán era un hombre profundamente humano y enormemente sencillo: un navío impulsado por las velas de la pureza de su corazón y de su fe.

Como me gustó la frase, tomé nota de ella.

Me fui de la vieja y docta ciudad, dejando a don Miguel en los so-

portales de la Plaza Mayor. Luego, más maduro, la lectura de sus obras consolidó en mí la admiración, no exenta de reparos y discrepancia en mucho fundamental, y en algunas cosas más accidentales, pues nunca le he perdonado lo que dijo de Trujillo en su libro *Por tierras de Portugal y de España*.

Trujillo es una ciudad de rango universal, cargada de Historia y de Arte, que alza su gallarda silueta, sus murallas, sus palacios, sus iglesias y sus torres, sobre la austeridad de un sereno paisaje de Extremadura. Trujillo es un relicario, lleno de cosas bellas e impresionantes. Hay tanto allí para poder hablar de ello, que asombra el que un hombre de la talla de Unamuno pudiese apartar la vista de tanta hermosura, para escribir sobre algo tan intrascendente y vulgar— hecho repetido en todos los lugares de España— como el que unos señoritos jugasen a las cartas en un casino.

Yo no tengo que descubrir aquí a don Miguel. De todos son sabidas sus contradicciones y paradojas. Quede en este haber lo de Trujillo, y otras cosas. A pesar de ellas, nadie puede discutir, y yo la proclamo, su recia personalidad de primer orden. Pero para mí, en mis recuerdos, no es Unamuno el pensador insigne, el erudito, el escritor... Es el catedrático salmantino, que conocí departiendo sobre las suaves y deleitosas poesías de Gabriel y Galán. Ni volví a verle fuera de Salamanca, ni he frecuentado después esta ciudad, en la que dejó de existir a las seis de la tarde del 31 de Diciembre de 1936, repentinamente, cuando en su domicilio departía con unos amigos, sentado en torno a una camilla. Por ello olvido y borro todo lo demás y me quedo con el don Miguel de Unamuno de mis tiempos de estudiante, paseando, en la Plaza Mayor de Salamanca.



COMULGADO

Tengo hondo el venero del volcán de la sangre
con diástoles amplias y bien latido el pecho
y los ojos abiertos a los corzos del alba
y, entre labios, un nido con los pájaros nuevos.

Llevo libre la frente de la arruga del odio,
lavada, muy temprano, de dudas y recelos
y una arada sencilla en los cabellos blandos
y un aroma suave de pan en el aliento.

Limpios del oro tienen mis manos los atajos
y tendida la palma y sin garras los dedos,
en la costilla un casto sabor de Eva nacida
y muerta la serpiente de los torpes deseos.

Una luz apacible, rizada en la sonrisa,
me pone paz y calma en músculos y nervios
y la palabra sirve a manteles al alma
y la hogaza repara las flaquezas del cuerpo.

Del dolor amarillo tengo curado ahora
el mal Cain que a veces nos roe por adentro
y le nacieron alas a mis grises desidias
que hierven impaciencias de mil desasosiegos.

Estuve de rodillas haciéndome más hombre,
la sombra de Su Mano crucificóme luego
y me traje engarzada en el ara de arcilla
la luna pequeñita con todo Dios entero.